

Luis Moure Mariño: LA DESIGUALDAD HUMANA (*)

La moderna *mitología de la igualdad*, que concita en torno a sí la pleitesía de sus devotos, no suele dar muchas oportunidades a quienes no se cuentan entre sus fieles para que expresen sin trabas su sentir y su pensar. La obra que presentamos a nuestros lectores responde al designio de quebrar la prepotencia del igualitarismo, y bastaría este hecho para que no debiéramos dejar de alabarla.

Concurre, sin embargo, una segunda causa que nos decide a tomar razón de esta obra en las páginas de *Verbo*. Y que no es otra que el notable interés que el planteamiento del notario gallego presenta para quienes estamos compenetrados y familiarizados con la crítica del igualitarismo —magnífica y rigurosa en su fondo, si bien con su forma peculiar y quizá viciada de cierto positivismo en metodología— debida al genio de Charles Maurras, o con los denuestos de tinte declamatorio —según los gustos de la época—, pero plenos de sugerencias enriquecedoras de Donoso Cortés.

Moure, lejos de ambas maneras de ver las cosas, ha dado a la estampa un ensayo sorprendente, de pensamiento amplio y hondo, esmaltado con evocaciones históricas y ejemplos abundantes, volcando en la tarea un formidable acopio de experiencias culturales sobre la religión de la igualdad.

* * *

Desde las primeras líneas comienza nuestro autor por predicar no sólo la tesis de la evidente desigualdad humana, sino más lejos aún la necesidad de esa desigualdad como «*raíz del progreso*», o, añadimos nosotros, como «*facteur d'harmonie*», por acogernos a las reflexiones de Gustave Thibon. Para ello se afana, en primer término, por mostrar la falsedad escondida tras las distintas formulaciones del ideal de la igualdad: ante la ley, política, económica... No falta en este punto la obligada referencia a Rousseau —y la penetración debida en buena parte a su influencia en las legislaciones posteriores a la Revolución francesa—, aunque sea preciso llegar a la «*sociedad de masas*» de nuestros días para encontrar la pretensión igualitarista no

(*) Biblioteca del Pensamiento Conservador, Fundación Cánovas del Castillo, Madrid, 1982, 419 págs.

tanto en los esquemas externos de las leyes como en el corazón de los hombres, según dijo Ortega.

Ofrece, a continuación, en el notable capítulo III un muestrario humano de datos elocuentes en los que se refleja el afán de desigualdad, deteniéndose en la consideración de los rasgos distintivos por obra de los cuales, acentuando su personalidad, trata el individuo de distinguirse de los demás hombres. Repletos de observaciones sabrosísimas —el concepto de civilización no sólo como beneficio sino también como carga, que explica los movimientos de rebeldía de quienes se encuentran incapaces de soportarla; la crítica de los *tests* de inteligencia, en línea con lo que Rafael Gambra ha llamado «la amenaza de la psicología»; la conceptualización altamente negativa de las beneficencias estatales, de la mano del dato histórico aportado siempre certeramente por Rostovtzeff, etc.— están también los capítulos IV y V aun cuando aquél extraiga, para nuestro gusto, demasiadas «inexorabilidades» de la lección de la herencia genética.

Mención aparte es obligado hacer de los capítulos II, VI, VII y VIII, fuertemente críticos de la teoría y la praxis marxista de la *sociedad sin clases*, contradichas además por la creación comunista de una nueva clase dominante. Extensamente refiere los testimonios de Nina y Jean Kéhayan concernientes a la URSS y los de Karon Modzelewski y Jacek Kuron en lo que hace a Polonia, habiendo podido añadir, además, los no despreciables de Volensky y Dijlas, mercedores de haber engrosado el magnífico repertorio.

Precisamente del título de la obra de Kéhayan, *La revolución antiburocrática*, y extrapolando su contenido a Occidente, donde nuestro autor piensa igualmente necesaria tal rebelión, toma Moure inspiración para otro haz de páginas —el capítulo X fundamentalmente— esclarecedoras. Su crítica del nuevo despotismo, de la mano del laborista R. H. S. Crossman, socialista y burocrático es especialmente aleccionadora; así como el ataque al *Estado Providencia* que, a quienes —y tal es el caso de *Verbo*— estamos en el mundo de la cultura defendiendo el *derecho público cristiano* cuya columna vertebral está constituida por el *principio de subsidiariedad*, no puede sino agradarnos.

* * *

En general, late en todas las páginas de este libro un pensamiento sutil y profundo, erudito y riguroso, que no es una disquisición teórica y es mucho más que un simple ensayo di-

dáctico. Su estilo, brillante. Su tratamiento, seductor. Su desig-
nio, laudable. Su contenido, generalmente bueno.

No querríamos, sin embargo, dejar de notar ciertas matizacio-
nes que, entendemos, pueden ayudar a una mejor comprensión
de tan preciado libro. Entrando sólo en cuestiones de fondo
—formalmente sólo es de señalar el número, chocante por lo
elevado, de erratas y errores tipográficos— hemos de mostrar
nuestra discrepancia de la aceptación indiscutida de las hipóte-
sis evolucionistas —ya en su desprestigiada versión darwiniana
como en la remozada y *aggiornada* de Jacques Monod—, y es
lástima que ya no esté Julio Garrido entre nosotros para ilumi-
nar con su magisterio estas cuestiones.

Es, de todos modos, dado remitir a nuestros lectores a dos
magníficas obras. La de Etienne Gilson, *D'Aristote à Darwin,
et retour*, y la de Georges Salet, *Hassard et certitude*. Donde
podrán encontrar suficiente caudal que oponer al dogmatismo
evolucionista.

Lo mismo podríamos decir de la elogiosa referencia teilhar-
diana. El hecho de que la *fiction-theology* del jesuita francés
haya sido mostrada en su endebles de consuno por científicos
y teólogos nos hace gracia de no extendernos en otro tipo de
comentarios.

Hemos también de lamentar la falta de un reconocimiento
claro del papel desempeñado por la igualdad en la sociedad de-
mocrática. A pesar de la cita lúcida de Tocqueville no se resalta
lo suficiente el carácter consustancial de la unión entre la de-
mocracia moderna —*invidia democrática*— y el igualitarismo que
el libro que comentamos brillantemente desmonta. Precisamente
en los mismos días en que nos enfrascábamos con su lectura
reparábamos el acabado estudio —ya antiguo— del profesor
austriaco Erik von Kuehnelt-Leddihn, *Liberty or Equality: The
challenge of our time*. Salvadas algunas precisiones terminoló-
gicas se puede encontrar en él un verdadero arsenal en la lucha
contra la democracia igualitaria.

Moure, en cambio, silencia esta identidad. Dando la impre-
sión de que trata de exculpar a la democracia, cuando —y la
lección de Tocqueville despliega precisamente en ese campo sus
efectos— este régimen político es uno de los principales impul-
sores de la igualdad, a costa muchas veces de la misma libertad.
Tributo de vasallaje, nos tememos, rendido por el autor a los
ídolos intelectuales y políticos de los «signos de los tiempos».

Salvaremos también nuestra reserva al *neoliberalismo eco-
nómico*, rastreado a través de citas de Milton Friedman y Ludwig

von Misses, aun compartiendo lo que de crítica tiene al intervencionismo estatal y a la socialización creciente.

Por todo ello, y aunque en su inspiración obedezca a un impulso sanamente *conservatista* —de ese conservatismo neutro que constituye uno de los brazos de que consta la tenaza de la tradición—, encontramos también en este libro ingredientes ideológicos viciados de *conservadurismo*. O de *liberal-conservadurismo*, por seguir la terminología que reivindica y bajo la que se adscribe con éxito creciente un importante sector de opinión de la derecha española.

Quizá este dato haga luz en torno de la *Biblioteca del Pensamiento Conservador* que piensa editar la Fundación Cánovas del Castillo y de la que es adelantado este, por lo demás, admirable libro.

MIGUEL AYUSO

Juan Andrés Muñoz: LA EDUCACION POLITICA COMO FUNCION DE GOBIERNO DEL ESTADO (*)

El tema de la necesidad de una recta educación de los ciudadanos para una razonable convivencia política es antiguo, y el autor no deja de hacernos la historia del mismo. Aunque esta historia sea más detenida para la época moderna (págs. 119-212), no deja de derivar de aquella vieja idea platónica de que la *paideia* es, precisamente, la educación necesaria para ser un buen ciudadano, un buen miembro vivo de la *polis*. Una realidad política, esta de la *polis*, que tiene poco que ver, a pesar de lo que pueda decir algún autor de pensamiento algo más burdo, con la *civitas* romana. Porque, como es notorio, a base de la *polis* nunca se llegó a hacer un «Imperio», y de ahí el fracaso notorio de la empresa gigantesca de Alejandro Magno y la imposibilidad de fundir luego, en las *basileiai* helenísticas, el régimen de las antiguas *poleis* autónomas con el de la *chora*. Esta diferencia entre la *polis* griega y las *res publica* romana no deja de ser acertadamente señalada por el autor (pág. 107). De ahí también que nada parecido encontremos, en Roma, a la idea de una educación pública del ciudadano, sino que todo se centre allí —Cicerón, como siempre, es el gran mentor— en una tradición moral de carácter familiar. No podía ser de otro modo, dado que todo el mundo social romano, desde la pertenencia a

(*) EUNSA, Pamplona (1892), 493 págs.